AÑO IX 15 DE OCTUBRE 1880 N.° 5

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS SICOLÓGICOS

BIBLIOTECA NACIONAL
ADQUISICIONES SEGÚN DECRETO

RESÚMEN—Aunque otros no lo fueren, procuramos ser lo que decimos — Elucubracion Espírita de «El Plata»—¿A qué religion es á la que rinden culto todos los hombres?—Conducta del Espiritismo — ¡¡¡Trescientos años!!!

Aunque otros no lo fueren, procuramos ser lo que decimos

Entre las benéficas enseñanzas que al hombre dá la democracia; enseñanzas que son el norte del verdadero espiritista; se encuentran las siguientes:

«Sé justo, si justicia quieres te hagan los demás.»

«Cuando algun error, ó equivocacion « ataques, concede que la defensa vaya « allí, desde el mismo punto de donde « partió el ataque.»

Pero..... por desgracia existe aún tan notable diferencia entre *decir y hacer*, á causa de que el verdadero progreso sólo le alcanza el hombre cuando sus pasiones sacrifica en aras de ese bien inestimable; y como la fraternidad aún tan léjos se halla de nosotros y el Espiritismo encarga, que dando el ejemplo es como el hombre demuestra las bondades de su creencia, y las bondades de la ciencia Espírita son la base de nuestra humilde hoja periódica; lo que otros no hicieron hacemos nosotros, cediendo con *placer* y por *deber* el lugar preferente á el articulo:

Elucubracion Espirita de «El Plata»

Señor Redactor de «La Revista Espiritista»:

Con motivo de un editorial de «El Plata» del 11 de Setiembre último, en el que se hace servir al Espíritu de Tocqueville, y por consiguiente al Espiritismo para dar consejos de buen gobierno, y de política honrada, etc. etc., redactamos las líneas que adjuntamos con el propósito de que se publicaran en la misma hoja que habia echado mano de la filosofía espírita para sus fines; pero sucedió que la Direccion de ese diario se negó á publicarlas.

El que desee encontrar la causa del rechazo, la descubrirá tal vez, leyendo ese editorial, titulado «El Espiritismo aplicado á la política;» y leyendo despues las palabras que le dirigimos con el fin exclusivo de felicitar á sus Redactores por la bonita idea de tomar prestado al Espiritismo una parte de la moral política y social que contiene para trasladarla al editorial aludido.

Rogamos á V. quiera dar sitio en «La Revista de Estudios Psicológicos» á esas líneas que «El Plata» se negó á acoger, sin duda por considerar que su editorial no pasaba de una broma.

Saludan á V. atentamente los mismos del articulo que sigue:
Sres. R. R. de «El Plata.»

Con el título «El Espiritismo aplicado á la política» hemos visto en el número 9 de este diario un editorial bonito en la forma y verídico en el fondo en el cual se *atribuye* al Espíritu de Tocqueville una hermosa comunicacion, en la cual se dibuja á grandes rasgos uno de los más deplorables episodios de nuestra historia de ayer fotografiando á la vez la fisonomía moral del protagonista en ese doloroso y sangriento drama en que el pobre pueblo fué el nuevo Cristo de ese nuevo Calvario.

Sin quererlo quizá, y valiéndose de una alegoria ingeniosa, se hace al Espiritismo, en ese artículo verdadera justicia.

La moral política, y la prudente norma de conducta, que se supone aconseja al pueblo el gran publicista francés, es la que precisamente proclama nuestra doctrina; y no podia ser otra desde que la moral, base cardinal de ella, es una para todos los hombres, y campea en todas las esferas de la actividad humana.

Por consiguiente: siendo la idea del deber inherente al Espiritismo, ella obliga al ciudadano como miembro de una sociedad política á pugnar para hacer práctica la plenitud de los derechos del hombre, que son la negacion de todas las tiranias: de todas las injusticias; de todas las hipocresías y fanatismos.

El Espiritismo que proclama la libertad en el órden, y los principios de fraternidad y de justicia, tiende, por medio de la union de los hombres y de los pueblos, á hacer más poderosa la palanca que ha de remover las injusticias sociales; y en este concepto es innegable que su influencia moralizadora puede modificar notablemente, y aún extirpar, en más ó ménos tiempo, esas pestes periódicas que amenazan hacerse endémicas en las democracias americanas, con el nombre de tiranias ó dictaduras, que es lo mismo.

Mirado al Espiritismo así, que es una de sus múltiples faces, representa una grande aspiracion de las sociedades modernas, es un gran paso en el camino del progreso; y hasta puede considerarse providencial en el momento histórico en que vivimos, en que dominan los intereses egoistas sobre los del porvenir, y los principios más ó ménos elásticos del partidarismo, y de los patrioteros de oficio, sobre las bien entendidas conveniencias del país.

Como la comunicacion que *se atribuye* al Espíritu de Tocqueville, está calcada en esas ideas, la aceptamos, ora venga de él, ora venga del ilustrado escritor que la concibió; y eso aunque se rian los eruditos á la violeta que sistemáticamente ridiculizan la nueva filosofía, *á priori*, creyendo sin duda que sin un trípode no hay Espiritismo, que sería lo mismo que creer que sin instrumento no existe el músico, ó que sin la manifestacion del relámpago no existe la chispa eléctrica encerrada en la nube.

A los que tan ligeramente juzgan lo que no conocen, ni quieren tomarse la pena de estudiar para conocer, y de conocer para juzgar, les repetiremos la frase de un gran pensador sobre esta materia: ¡Hasta ahora duró la risa!

¡Ya es tiempo que comience el sonrojo y la vergüenza!

Pero ya nos olvidábamos del móvil de estas líneas, que no es otro que *felicitar* al autor del prenotado editorial por su ingeniosa elucubracion. Porque al fin, ¿quién sabe si cuando la daba forma escrita no era verdaderamente inspirado por el Espíritu de Tocqueville, sin necesidad de trípode, pues al fin este mueble no es un *médium*, ni constituye el Espiritismo?

¡Cuántas Ejerias suelen inspirarnos sin que lo sospechemos!

De cualquier modo que sea, y como dice un proverbio, «hay bromas que suelen salir ciertas:» del artículo bien se puede decir, que si no es cierto, *é ben trovato*.

Aquí llegábamos de estos borrones cuando recordamos que el espíritu del señor Tocqueville padece un pequeño error al decir que no se conoce en la historia otro milagro semejante, á saber: que el tirano despues de tantas fe-

chorías, se eliminara voluntariamente, como lo hizo el aludido.

Estamos ciertos que si se vuelve á consultar otra vez al Espíritu de Tocqueville, ha de recordar que Sila, sangriento tirano romano, en un bonito dia, y cuando estaba en su *apogeo*, como diría el suegro de un ex-Presidente, se despojó en la plaza del poder, *sponte sua*, y se retiró á su casa sin más novedad que los insultos, que despues de despedidos los lictores, le dirigió un jóven del pueblo, hasta que cansado Sila de escucharle, se volvió á él, diciéndole: «Imprudente jóven, tú serás la causa de que ninguno abdique en adelante la dictadura.»

Si ustedes, señores Redactores, no encuentran impertinentes estas gotas de tinta, les rogamos les den alojamiento en su interesante hoja, y que se dignen aceptar la expresion de nuestro sincero afecto.

Unos espiritistas que no manejan trípodes.

¿A qué religion es á la que rinden culto todos los hombres?

Cuando los hechos hablan todas las teorías enmudecen.

Hasta la saciedad hemos visto en libros, folletos y periódicos, que la religion es obra de Dios, qué Dios la reveló al hombre, y por lo tanto, que entre los humanos existe la religion del Cielo.

Dejando á un lado el gravísimo absurdo de que el sér finito pudiera comunicarse directamente con el Infinito; creencia que sólo cabe en quienes materializando al Ser Supremo, cuya obra es el Universo, cual el hombre le forjaron adornándole con los vicios, defectos y flaquezas inherentes á los habitadores de nuestro diminuto planeta; veamos lo que, para nosotros, pueden y deben hoy significar las voces *religion* y *Cielo*.

La religion, segun nos lo demuestra con los hechos la historia del progreso humano, es obra del hombre y para el hombre, no siendo, ni pudiendo llegar á ser jamás otra cosa, que reconocimiento y amor de la criatura hácia su grandioso y benéfico Creador.

Reconocimiento y amor en gradacion ascendente, siguiendo ineludiblemente la ley de progreso que rige á todo lo creado; cada vez mejor, más clara y beneficiosa en general; cada vez más cercana á la verdad, á lo bueno y á lo bello; cada vev más aproximada al lleno de los deberes humanos; cada vez más unidos, reconocimiento y amor de la criatura hácia su Creador, dentro de la ley de amor fraterno universal.

La ciencia astronómica, que por siglos y siglos fué la herencia de un corto número de hombres dedicados á estudiar las revoluciones del mundo sideral, en nuestros dias se ha vulgarizado. Un hombre célebre ya, Flammarion, con sus obras literario-poético-astronómicas, hizo partícipe de la luz á todo aquel que deseó saber algo de lo que separado se encuentra de la tierra.

Por la tanto, no hay hombre ó mujer regularmente instruidos, que ignoren, ó deban ignorar, la completa destruccion de lo que ántes significaba para toda la humanidad terrena la voz *Cielo*, por la demostracion científica y lógica racional de no existir en el espacio *arriba* ni *abajo*, y sólo sí, y fuera de la tierra, el Universo sideral indefinido, y sostenido en el Eter, en el cual y sin cesar ruedan innumerables nebulosas formadas por soles, planetas, asteroides y sus séquitos de lunas y cometas.

En la tierra y como hombres... todo lo juzgamos por el hombre; pero sin embargo, si el que tratamos de juzgar no existe entre nosotros ó no le conocemos, sus obras son el único medio

de poder juzgarle, cuando sin pasion ó idea preconcebida las estudiemos, y despues de estudiadas por ellas le juzguemos.

Un fresco de Miguel Angel nos dará la medida de su talento y concepcion: un cuadro de Murillo ó de Velazquez nos hará comprender la dulzura y perfeccion del colorido que empleaba en sus obras el pintor sevillano, así como la hermosura, verdad y correccion de dibujo del autor del cuadro de las Meninas.

Vemos la obra, admiramos el talento, y por él juzgamos al hombre.

El gigantesco telescopio nos está manifestando que el planeta que habitamos—ante el Universo sideral—es un grano de arena perdido en lo indefinido del espacio, y; eso que encierra maravillas tan grandiosas cual las que á toda hora nos demuestra el microscopio; un mundo en cada grano de arena, en cada gota de rocío; en cada hoja ó brisna vegetal un mundo en miniatura.

En todas partes la actividad, la vida, el amor en sus múltiples manifestaciones: el *amor* en todas partes y á toda hora nos le demuestra la naturaleza.

¡Ese inmenso libro que el *Amor sin fin del Creador* puso ante la vista del hombre, cúspide de los séres terrenos!...

Que el amor es una religion nos lo dicen los árboles y plantas, los brutos y las fieras, que rinden culto á la religion de amor hasta el grado de sacrificar sus vidas en defensa de sus hijos, objetos visibles de su culto al amor.

El *amor* en el avaro forma su sola religion.

El *amor* al goce, á los deleites, al fausto y lujo, y por desgracia hasta á los vicios, es la religion á la cual rinden culto la mayor parte de los humanos.

El *amor* al dominio, al mando y despotismo, es la única religion que observan los ambiciosos y tiranos.

El *amor* al saber es la religion á que rinde culto el hombre de la ciencia.

El *amor* al bien general es la religion que observa el hombre virtuoso, humanitario, y verdadero demócrata.

El *amor* á la familia, y sobre todo á los hijos, es la única religion á cuyo constante culto dedica voluntad, su pensamiento, su vida, en fin, la mujer esposa y madre.

Y, ¿para qué cansarnos más demostrando con los hechos que la única religion que en la tierra se observa es la del *amor*, si hácia ese culto lleva al hombre su progreso?

¿Cuál es el máximum de bienestar que el hombre sano, virtuoso, amante del bien por el sólo bien, procura con la prédica y el ejemplo?

—La fraternidad entre los hombres.

Que todos y cada uno mútua y desinteresadamente se amen como hermanos.

Y si la fraternidad, si el *amor* es el lazo que debe unir á los hombres entre sí; el *amor* es la religion cuyo culto acercará al hombre á la verdad, y ésta, residiendo en absoluto en el Creador, al hombre llevará hácia el Autor y sostenedor del Universo.

Justo de Espada.

Conducta del Espiritismo (1)

Preocupa y apena á muchos buenos espiritistas el decaimiento en la propaganda de nuestra consoladora doctrina, que la época presente acusa. Real ó

---

(1) Nuestro querido hermano H. T. titula su muy sensato é ilustrado artículo «Conducta del Espiritismo,» á pesar de que con su argumentacion claramente demuestra que debió titularlo «Conducta de los Espiritistas,» desde que éstos son los que se conducen mal ó equivocados respecto á lo que con toda lucidez enseña al hombre la Ciencia Espírita.

Temiendo nuestro hermano se le crea intolerante, no dijo con toda claridad: Que los espiri

aparente, la tibieza ha sustituido al entusiasmo: el retraimiento á la lucha, el descuido á la fé ardiente de los primeros dias.

¿Es éste síntoma de disolucion y de muerte? ¿Es tiempo de descanso para mayores empresas futuras? ¿Es solamente producto exterior del tiempo azaroso en que vivimos y nada influye en el fondo de sus teorías?

---

tistas en una gran mayoría han pretendido violentar la marcha progresiva de la propaganda, han querido que el progreso se efectuara á saltos, desde el momento en el cual muchos grupos ó sociedades se lanzaron al ejercicio de mediumnidades peligrosas y de trascendentales resultados, sin un estudio concienzudo de las aptitudes del médium, y sin que éste se estudiara á sí mismo para ver si se encontraba capaz de ser humilde, manso, y resignado á sufrir sin murmurar hasta el desprecio, el insulto, la miseria en fin.

Sin las tan necesarias bases de un detenido estudio de la Ciencia Espírita, y de las aptitudes y moralidad de los individuos, algunos pretendieron levantar el edificio de la universalidad del Espiritismo, *hablando á los sentidos y no á el alma.*

A toda hora y por todo caso salian á luz los Espíritus; todo hecho por trivial que fuera, obra se decia ser de nuestros hermanos de Ultratumba.

Espiritista *de golpe y de porrazo* se pretendió hacer á todo el mundo.

Se olvidó la relatividad y variedad humanas; menospreciando lo que ellas dicen al hombre, en absoluto se pretendió hacer creyentes, de lo absoluto de la mediumnidad se pretendia hacer la propaganda, y ante la ley que rige todo lo creado se estrelló todo aquel que un salto quiso diera el Espiritismo, y al estrellarse hizo eso que para algunos será apatía, pero para nosotros no, desde que es y será siempre sabia, provechosa, y necesaria enseñanza.

Veinte y tres años de constante estudio y experimentacion, cimentado en lo axiomático, del modo que, desde los principios históricos hasta nuestros dias, ha seguido el progreso humano en la tierra, nos dijeron que:

Constante, indestructible, pero lentamente es como aprende el hombre.

Lenta y constantemente es como llegaron y llegan á generalizarse todas las creencias, todo paso que hácia su indefinido *siempre más allá*, dió y da la humanidad.

Por lo que, lenta y constantemente irá cimentándose el Espiritismo hasta llegar á ser el lazo que una á la humanidad terrena con todas las humanidades del Universo mundo, y con el divino autor, con Dios, Supremo Bien, Causa Primera.

Justo de Espada.

Cierto que muchas escuelas filosóficas, que sectas religiosas potentes en un principio, han visto á los pocos años marchitados sus laureles, rota su bandera, disgregados sus adeptos. Pero el Espiritismo no es una secta ni una escuela cerradas; es una aspiracion universal y progresiva dentro del saber humano, que no puede desaparecer, que no sabría borrarse de sobre el haz de la tierra sin que á la par se borrasen todos los adelantos del siglo que cruzamos; y esto es sencillamente absurdo. No puede, por tanto, la presente tibieza significar la agonía del Espiritismo.

Cierto tambien que otras escuelas, otras sectas, los partidos políticos todos, tienen en su evolucion instantes de concentracion y de aparente reposo, precursores de vitalidad más ámplia y más ardiente. Pero tampoco nuestra doctrina forma credo político de ninguna especie; tampoco intenta influir inmediatamente en la marcha interior de las sociedades jurídicas. No es, pues, nuestro marasmo precursor de grandes explosiones que incube y prepare.

¿Es producto del tiempo? ¿Es el descreimiento general, la apatía de la miseria invencible, la negra resignacion de lo imprevisto que nos amenaza, lo que hace olvidar sus anteriores lides corteses á los espiritistas españoles? Ménos aún: todas esas concausas lo deberian ser de fervor más grande, de animacion y de esperanza, porque nunca como en las tempestades del Océano busca refugio y puerto el marino.

Dejémonos, pues, de inútiles declamaciones; no aparentemos buscar fuera de nosotros mismos ó en la propia virtud de la doctrina el mal que sondamos; digámoslo francamente, y por lo ménos, la sinceridad será lenitivo de nuestra culpa. El origen del mal reside en nos-

otros, en los espiritistas, no en el Espiritismo; en los hombres, no en la doctrina.

Nosotros, los hombres, los espiritistas, seguimos codeándonos sin protesta con los que nuestra conciencia juzga indignos ó criminales; seguimos plegándonos á las exigencias de la sociedad que nos rodea, ó á los caprichos de la moda estúpida que se sirve inventar un sastre ó una modista; seguimos *perdiendo* á conciencia la mitad de nuestros dias, y empleando malamente acaso la mitad restante; seguimos atesorando los unos, obligados al trabajo los otros, sin que por ningun azar se nos ocurra llamar á nuestra mesa á los desheredados, y queremos que cuando nuestro fervor católico no parece; cuando ningun otro culto externo presentamos de pantalla á los maldicientes; cuando seguimos viviendo como cualquiera, los tristes, los miserables de alma ó de cuerpo, los sedientos de verdad en todos los órdenes, se vengan tras de nosotros por secreto ímpulso.

No, no es así como se han hecho las grandes revoluciones morales en nuestro mundo. Budha, Pitágoras, Sócrates, Jesús, Mahoma, empezaron por vivir y hacer vivir á los suyos, á sus discípulos todos, segun la ley que entendian superior para el tiempo en que vivian. No es ya ocasion de desiertos ni cilicios, ni de alfanje y luna creciente; no pedimos tanto, pero ¿qué queremos influir en los que nos rodean si empezamos por dar insigne muestra de cobardía nosotros mismos?

De cobardía, sí: quizá alguno perdiera un puesto oficial, una prebenda, un lucro: ¿no ganaría en cambio el aplauso de su conciencia? Tal vez al principio se nos señalase con el dedo, se nos persiguiera con el ridículo, que las hogueras ya se pasaron, pero toda persecucion es pedestal del triunfo; al mes, ó al año, ó al lustro se reconocería nuestra buena fé, y se procuraría indagar los móviles de nuestra conducta. Quien llega á estudiar el Espiritismo sin preocupaciones y sin prejuicios es espiritista pronto. Huyamos de la cobardía: es el borron que jamás se lava en las creencias nuevas. Digamos á todo el mundo lo que somos, y seamos como debemos ser segun nuestra doctrina: el vulgo nécio podrá reirse de nosotros, pero tarde ó temprano el vulgo ilustrado seguirá nuestras plantas.

Si es real ó aparente la tibieza que en el Espiritismo lamentamos los españoles, somos nosotros los causantes de ella. Animo, y venceremos fácilmente.

H. T.

(De *El Criterio Espiritista*).

¡¡¡Trescientos años!!!

SILOGISMO

Si al ser feliz creo serlo
Sufro en mi dichoso estado,
Porque me hace desgraciado
Sólo el miedo de perderlo,
Y si estoy bien sin saberlo,
Pues no lo sé, no lo estoy,
Así, mañana como hoy,
Ser feliz nunca podré,
Pues si lo soy no lo sé...
Si lo sé... ya no lo soy.

J. M. Bartrina.

Por costumbre general, siempre nos causa admiracion lo que vemos más fastuoso; si encontramos un pordiosero y un magnate miramos á este último y decimos: ¡Dichoso él! *¡nada le falta!* y en realidad, quizá le falte todo. Siempre juzgamos por las apariencias, y éstas, suelen engañar tan repetidas veces...

Como en el mundo siempre se desea lo que no se tiene, quizá por esto, cumpliéndose en nosotros la ley ineludible de la vida, hemos mirado con melancólica y noble envidia á todos los séres que hemos visto rodeados de amor, sin duda porque nuestra existencia ha sido intimamente solitaria, careciendo de numerosa familia, y habiendo perdido en

edad temprana á los autores de nuestros dias.

Sin duda por esto hemos sido avaros de amor, y nos hemos fijado con más insistencia en las almas que parecian venturosas, pero no basta mirar, es necesario saber, comprender y distinguir.

Hace muchos años nos llamó la atencion una jóven pareja que se presentó en Sevilla; nada más simpático ni más distinguido que aquellos dos séres.

Ella era una mujer encantadora, blanca, pálida, estaba tísica, y los últimos resplandores de la vida irradiaban de sus negros ojos, cuya triste mirada estaba fija constantemente en su arrogante compañero que la miraba con esa tierna compasion con que se contempla á los niños enfermos.

Aquellas dos almas estaban tan íntimamente unidas, tan ávidas de contemplarse, que no dormian más tiempo del que extrictamente es necesario para no perder la salud: es hasta donde puede llegar el delirio del amor.

Cuando se les veia pasar, no bastaba mirarlos, era indispensable seguirlos con la vista y hasta con los pasos, porque la felicidad que irradiaban sus semblantes nos era tan desconocida, que nos atraia, como atrae todo lo extraordinario.

¡Cuántos éramos los que envidiábamos su ventura! y sin embargo, ¡cuán efímera era su dicha! ¡lo que es juzgar por las apariencias! Ni ella libre, ni él tampoco. Sus horas de placer habian hecho la desgracia de otros séres, y al dejar la tierra es probable que sus espíritus llorarían amargamente el haber infringido las leyes morales que tanto se deben respetar.

Si hubiéramos visto estos dos séres tan apasionados, y á un honrado matrimonio que hemos conocido posteriormente; ignorando la historia de los primeros, hubiéramos dicho: Si la felicidad existe en la tierra, indudablemente que estas dos almas jóvenes y amantes son dichosas; y en realidad no eran ellos los espíritus felices, sino la humilde pareja que pasa desapercibida en el mundo sin que nadie fije los ojos en su envidiable bienestar.

¡Cuánto hay que mirar en la tierra! y qué miope es aún la humanidad! Cada dia que pasa nos convencemos más de nuestra pequeñez, y vemos que desgraciadamente nos hemos dejado cautivar por la vana ostentacion, sin fijarnos en las sencillas virtudes que como humildes violetas se esconden entre las familias del pueblo.

Sinceramente arrepentidos, hoy sólo deseamos dar á conocer los modestos héroes que vamos encontrando á nuestro paso, porque queremos inculcar en nuestros lectores las saludables ideas de no dejarse llevar por encantadoras apariencias, como nos ha sucedido á nosotros, sino que estudien con más aprovechamiento.

La humanidad la consideramos como una obra que se vá publicando por entregas: hay dos ediciones, una de gran lujo que es la aristocracia, y otra económica que es el pueblo; pues bien, en estos libros de papel basto, y de mala impresion, es donde suelen encontrarse episodios interesantes que dan lugar á profundísimas consideraciones.

El matrimonio á que nos referimos nos agradaba por su sencillez y por la perfecta armonía que veiamos reinar entre ellos, por su excelente corazon, por sus ocultas obras de caridad, por su paciencia en las enfermedades, y en las tribulaciones, y por otros mil pequeños detalles nos merecian el mejor concepto, pero su felicidad íntima no habia despertado nuestra admiracion,

hasta que un incidente vino á dar distinto rumbo á nuestras ideas.

Un espíritu familiar que nos merece completa confianza, porque sus comunicaciones llevan el hermoso sello de la verdad; Espíritu que dirige con sus consejos la numerosa familia que ha dejado en la tierra, hablando un dia de la felicidad y afectos terrenales, dijo así:

«Existe entre vosotros un matrimonio tan bien avenido, que el dia que uno de los dos cónyuges emprenda el viaje, ya puede preparar el otro su pasaporte. ¡Cuánto se quieren M... y A...! no teneis en torno vuestro dos espíritus más unidos, hace más de trescientos años que caminan juntos; queriéndose tan profundamente que no se pueden separar el uno del otro.»

Cuando escuchamos estas palabras un sacudimiento nervioso agitó nuestro ser, y lloramos sin podernos explicar el porqué de nuestro llanto. Despues, preguntándonos la causa de nuestra repentina afliccion nos dimos cuenta de ella. Nuestro espíritu lloraba sintiendo vergüenza y profundo sentimiento: comparaba su soledad con la vida de aquellos espíritus cuyas virtudes habian conseguido perpetuar su amor, y durante tres siglos aquellas dos almas generosas, apoyada la una en la otra, habian sabido sufrir, y habian confiado en la misericordia de Dios.

¡Cuán bien deben de haber cumplido todas las misiones que se hayan impuesto en sus existencias!

¡Ellos no habrán quebrantado los preceptos del Evangelio!

¡Ellos habrán hecho el bien por sólo el bien mismo!

¡Ellos habrán compartido sin pan con el hambriento!

¡Ellos habrán dado de beber al sediento!

¡Ellos habrán vestido al desundo!

¡Ellos habrán amparado al peregrino!

¡Ellos habrán compadecido al delincuente!

¡Ellos habrán cuidado á los enfermos!

¡Ellos habrán sido muy buenos! porque gratuitamente no se concede al Espíritu una felicidad tan duradera.

¿Habrá algo más hermoso que esos momentos en que dos Espíritus se den palabra en el espacio de buscarse en un mundo de tinieblas; desciendan á él, se encuentren, se unan, y durante el sueño de sus cuerpos, ellos se comuniquen sus recuerdos de ayer, sus esperanzas de mañana y se digan con efusion: ¡Nosotros viviremos siempre sin separarnos jamás! y risueños y tranquilos vuelvan á reanimar sus dormidas envolturas sintiéndose felices por una intuicion divina!

¡Vivir en otro sér un año y otro año! ¡un siglo y otro siglo! Esa felicidad es superior á todos los cálculos humanos, dígalo sino el Silogismo que precede á este artículo. El poeta materialista niega que exista la felicidad, desde el momento que nos asalta el miedo de perderla; pero aceptando la eternidad de la vida ese temor se desvanece.

Que le pregunten á nuestros amigos M. y A. si temen que su felicidad se destruya despues de haber oido la comunicacion que hemos mencionado.

¡A qué altura se encontrarán estos dos espíritus cuando les es permitido gozar de la certidumbre de su bien en el planeta donde vivimos sin poder disponer de un segundo de vida!... donde todo es incierto.... donde el velo de lo desconocido nos envuelve por completo.

¡Seguid gozando, espíritus humildes, de vuestra felicidad suprema! ¡que trascurran para vosotros los siglos con la rapidez del rayo! y felices de nosotros si algun dia nos hacemos dignos de habitar en las regiones luminosas que os sirvieren de expléndida mansion.

¡Qué hermoso premio habeis obtenido por vuestras virtudes! ¡trescientos! ¡trescientos años de amor!

Gracia, *Amalia Domingo y Soler.*